

*DE LA DICTADURA DEL PROLETARIADO ¿A LA DICTADURA DEL
MERCADO? CRISIS Y CAPITALISMO*

*FROM THE DICTATORSHIP OF THE PROLETARIAT, TO THE MARKET
DICTATORSHIP? CRISIS AND CAPITALISM*

Rutilo Tomás Rea Becerra*
Ma. Auxilio Piñón**

RESUMEN

El mercado no es propio del capitalismo, los intercambios entre ofertantes y demandantes existen mucho antes de que este sistema económico se asentara. Sin embargo, el capitalismo ha requerido ampliar y expandir el mercado a escala global para consolidar su proceso de acumulación, sin que ello implique la desaparición del estado, pues en realidad, según sean sus necesidades, el capitalismo péndula entre mercado y estado. Actualmente, este último se encuentra dominado por una elite financiera que logra imponer su política y que ha provocado una las depresiones más profundas de las últimas décadas que ahora padecemos millones de seres humanos del planeta.

PALABRAS CLAVES: CAPITALISMO * MERCADO * ESTADO * CRISIS * DEPRESIÓN

ABSTRACT

The market is not typical of capitalism, the trades among suppliers and demanders has existed long ago before this economical system was established. However, capitalism has required to increase and to expand the market into a global scale to consolidate the process of accumulation without implying the State disappearing, in fact, according to its needs, capitalism oscillate between market and State. Currently, the State is dominated by financial elite which is able to impose their politics that has caused one of the most deep depression of the last decades, which now millions of human beings on the planet are suffering.

KEYWORDS: CAPITALISM * MARKET * STATE * CRISIS * DEPRESSION

* Miembro del Cuerpo Académico “Desarrollo y Sustentabilidad” del Centro Universitario de la Ciénega de la Universidad de Guadalajara.
rutilo3@hotmail.com

** Departamento de Estudios Socio-Urbanos del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad de Guadalajara.
mapiudeg@hotmail.com

La caída del llamado socialismo real influyó para que en una basta literatura se escribiera sobre el triunfo del capitalismo, el fin de las ideologías y el papel central del mercado, el cual ya no solo incidía en la vida económica, sino también en las actividades políticas y en las diversas relaciones sociales en el mundo. La dictadura del proletariado, considerada por el marxismo ortodoxo como la columna vertebral para la consolidación política del sistema socialista se puso en entredicho, y se expandió la necesidad de los regímenes democráticos, los cuales habrían de consolidarse en sistemas económicos “libres” y no en regímenes autoritarios o socialistas, ya que el sistema de partido único no lo permitiría. Derivado de lo anterior, las economías planificadas y los países donde se instrumentaron políticas de corte keynesiano, tendieron a disminuir la participación del estado en la economía, y hasta hubo algunos estudiosos que vaticinaron su desaparición. Esto condujo a la gran mayoría de los países en el mundo a establecer reformas económicas neoliberales o políticas de ajuste estructural, cuyo fin era la venta de empresas estatales y la instrumentación de mecanismos de desregulación económica, lo que condujo a procesos acelerados de privatización. La competencia y el “libre mercado”, marcaron de esta manera el “nuevo paradigma” de desarrollo, el cual —se decía— traería la prosperidad del planeta, ya que se promovería la innovación, se aumentaría la productividad y se elevarían los beneficios.

UNA BREVE COMPARACIÓN ENTRE DICTADURA Y DEMOCRACIA

Desde el punto de vista despectivo, la dictadura ha sido considerada como lo más negativo de cualquier régimen político, sin embargo los clásicos del marxismo la consideraban como una necesidad en el proceso de transición, ya que resultaría imposible que el proletariado se sostuviera en el poder sin la presencia de un estado centralizado, pues la presencia que siguen ejerciendo los dueños de los medios de producción, su influencia sobre los órganos de información, su facilidad para corromper y prostituir económica y políticamente a los

adversarios, haría, según los clásicos, que perdiera sentido la toma del poder de la clase proletaria. La dictadura del proletariado se consideró entonces como inevitable en la consolidación de los trabajadores en el poder. Sin embargo, esta etapa transitoria debería desaparecer al mismo tiempo en que se fuera aboliendo el estado y las clases sociales y se fuera ejerciendo un control descentralizado y autónomo de los diversos grupos sociales. Sin embargo, en los países bajo el “socialismo real” lo que se fue ejerciendo fue el control de una burocracia política que mantuvo el monopolio del estado y no permitió el desarrollo de espacios de gestión directa y de apertura democrática participativa. Por ello devino la crisis política de este sistema. Pero entonces ¿la democracia solo es compatible con el capitalismo? Indudablemente la caída del socialismo ha ampliado la visión de que la democracia capitalista es el mejor orden social que se puede encontrar y es en el único régimen en el que se puede aplicar. Pero ¿realmente se está ejerciendo el poder del pueblo y para el pueblo como pregona el precepto democrático o continuamos en una utopía como la del socialismo? Los límites de la democracia capitalista en realidad están restringidos por las demandas de acumulación del capital y por el hecho de que se deja intacta la explotación capitalista. La lucha de muchas organizaciones políticas y sociales en el mundo, se han centrado ahora en bases “extraeconómicas” como la ampliación de la presencia ciudadana, las luchas de género, la igualdad sexual, la paz y la sustentabilidad ecológica, etc. y todo ello es permitido en el capitalismo mientras no atente contra la erradicación de la explotación de clase. Queda claro que en muchos países, las luchas electorales se han convertido en todo un espectáculo mercadotécnico donde se derrocha el dinero del pueblo y en la que las empresas de televisión y espectáculos se llevan jugosas ganancias.

Sin embargo, a pesar de las “ventajas” que otorga la democracia capitalista, y el intento de ocultar las bases económicas de la explotación de clases, se ha evidenciado su debilidad. Cuando todos creían que el mercado se erigía como la panacea de todos los males y su triunfo sobre la dictadura, el autoritarismo y el propio

socialismo, aparentemente se consolidaba, el mundo capitalista entra en una de las crisis económicas más graves de los últimos años.

Ningún ideólogo que sustentaba los dogmáticos postulados del libre mercado, creía que esto pudiese pasar, y menos que se pondría de nuevo en el centro de las decisiones económicas lo que antes habían criticado severamente, es decir, el papel del estado en la economía.

Indudablemente que las características principales del sistema capitalista es la propiedad privada sobre los medios de producción, lo que conlleva a la apropiación de trabajo ajeno para generar un proceso de acumulación a escala permanente, lo que implica la extracción de plusvalía y la explotación del trabajador a través del llamado tiempo excedente que este brinda al dueño de los medios de producción. De manera tal que la explotación y la extracción de plusvalía no desaparecen por el hecho de que un obrero, campesino o profesionalista gane un salario mayor o esté mejor remunerado. Sino porque de la jornada laboral existente, una parte de ella, es económicamente apropiada por la clase explotadora.

El proceso de acumulación permanente del sistema capitalista a su vez, requiere una amplitud de los mercados para llevar a cabo su desarrollo, pues de lo contrario truncaría su expansión y entraría en un proceso de crisis. Es por ello que muchos estudiosos consideran que el mercado es propio del sistema capitalista.

¿MERCADO SIN CAPITALISMO O CAPITALISMO SIN MERCADO?

Mucho se ha escrito sobre el mercado. Quienes argumentan a su favor, llegan a considerarlo como la única alternativa para volver eficiente a las sociedades, sosteniendo que es el mejor mecanismo en el reparto de los bienes y de la distribución de la riqueza. Sin embargo, ante la actual crisis económica, el mercado demuestra sus limitaciones y deficiencias, por lo que sus “fallos” tienen que ser subsanados por la presencia del estado. En las diversas posiciones que antes apoyaban la visión del libre mercado, parece que se está pasando al otro extremo. Ahora se habla de la muerte de la

“dictadura del mercado” (Sarkozy) o del retorno de la “amenaza roja” y del “socialismo” en el corazón mismo del imperio (McCain en alusión a las posiciones de Obama durante la campaña electoral). Inclusive hay quienes sostienen que no es el mercado el que está fallando, sino la ambición y el deseo inmensurable de ganancia de determinados agentes económicos, en específico, los que se dedican a realizar transacciones en el sistema financiero. *Es precisamente aquí donde debemos profundizar un poco más en el análisis.*

Desde los cursos elementales de economía se enseña que el mercado es sinónimo de capitalismo, que al hablar de *economías de mercado*, es lo mismo que referirnos a la *economía capitalista*, es decir, el mercado es propio del capitalismo. Por ende, las economías socialistas, al establecer mecanismos de mercado, pasan a formar parte de la estructura económica del capitalismo y de socialistas ya no les queda nada. Sin embargo, si establecemos que el mercado es el mecanismo a través del cual se intercambian bienes y/o servicios, entonces este existe mucho antes que el capitalismo. Cuando en las antiguas comunidades se establecieron las relaciones sociales entre los seres humanos, también se dieron las condiciones propicias para el intercambio de bienes a través del trueque, de hecho, las evidencias históricas así lo demuestran, sobre todo, en la etapa en la que se genera el excedente económico o plusproducto, pues ello permitía que el “sobrante” pudiera ser ofertado a cambio de otro artículo o de una necesidad demandada. Indudablemente que no nos estamos refiriendo al conjunto de transacciones, acuerdos o intercambios entre compradores y vendedores en masa o en forma extensiva como se conoce en las sociedades modernas, pero si de un intercambio entre un ofertante y un demandante, es decir, a quien le “sobra” un artículo o producto, y quien desea dicho artículo, y es capaz de adquirirlo a cambio de otro bien deseado por el primero. No media entre ellos “el precio”, pues el dinero aún no existía, pero si las relaciones de intercambio.

Si consideramos esta evidencia histórica, entonces pudiéramos establecer que el mercado, como mecanismo de intercambio y transacción

está presente mucho antes que el sistema de producción capitalista. Sin embargo, para que el capitalismo pudiera consolidar su proceso de expansión y acumulación, debió ampliar de manera absoluta las relaciones de mercado, estableciendo una relación simbiótica como la del pez y el agua. Donde el agua puede existir sin peces, pero el pez no puede existir sin el agua. Pero no se piense que estos mercados son completamente libres o de “competencia perfecta” como los libros de texto nos enseñan. “El mercado absolutamente libre funciona como una ideología, un mito y una influencia restrictiva, pero nunca como una realidad cotidiana” (Wallerstein, 2005: 42).

Posiblemente “la mano invisible” que sirvió de base para el análisis teórico de Adam Smith, pudo haber funcionado en los albores incipientes del capitalismo. Cuando los mercados eran geográficamente limitados y la movilidad de factores y capital no se extendían por todo el planeta. De hecho, en los postulados de este economista clásico se cuestionaba severamente los elementos que distorsionaban los mecanismos de autorregulación del mercado, como el proteccionismo de estado, movilidad del capital y la presencia de grandes empresas (monopolios), pues estos podrían influir en la decisión de los precios, y el resultado ya no sería una asignación óptima de los recursos en la sociedad. En realidad el análisis teórico de Smith está basado en pequeños compradores y vendedores y en una inmovilidad del capital. Sin embargo, en la economía actual, la presencia de grandes corporaciones monopólicas y oligopólicas y la enorme movilidad del capital, sobre todo financiero, hacen que los postulados clásicos queden como una bella historia. Aquellos que sostienen equivocadamente que el neoliberalismo no se ha establecido realmente en algunos países porque los mercados no han funcionado con libertad, su error consiste precisamente en que los mercados nunca han sido plenamente libres, ni lo serán, y mucho menos en la actualidad. Los mercados son imperfectos y solo parcialmente libres, y no son garantía de un manejo más eficiente de la economía. ¿Pero son los mercados los que han provocado la situación de crisis y depresión que actualmente estamos viviendo?

La verdad es que en muchos sectores, la mano *visible* de la administración de la empresa moderna reemplazó a la mano invisible de Adam Smith de las fuerzas del mercado. La gran empresa del “capitalismo gerencial” (*managerial capitalism*) acabó con la “competencia perfecta” e impuso una “defectuosa” utilización de los recursos disponibles. De hecho, Fernand Braudel, principal teórico de la economía-mundo moderna denominaba al capitalismo precisamente como el “antimercado”, pues acababa con toda libertad real de intercambio de bienes y servicios. Al igual, Lenin, quien analizó la etapa imperialista del capitalismo, sostenía también que la economía quedaba sujeta a la hegemonía de los grandes monopolios y oligopolios, y que la fusión que se establecía entre el capital bancario y productivo, para dar origen al capital financiero, dominarían en el mundo de los negocios.

Lo sustentado hasta el momento parecería paradójico, pues por una parte sostenemos que el capitalismo no puede existir sin mercado, y por otra, parecería que argumentamos que el capitalismo, al menos en su fase actual, niega al mercado. La aclaración es la siguiente: el capitalismo niega al mercado “libre”, al mercado de “competencia perfecta” no al mercado en sí mismo. El mercado es una realidad en tanto que influye en una serie de procesos de decisión, incluyendo en los países considerados como socialistas, pero no funciona de manera libre y plena, sin interferencias. Si así fuera, el proceso de acumulación de capital no sería posible, pues con una libre movilidad de factores e información perfecta entre productores y consumidores, como sostiene la teoría clásica, los que demandan exigirían el mínimo precio posible y desestimularía a los productores a continuar con su ciclo de reproducción. Además, si la libertad del mercado se diera en forma plena y absoluta, todos los capitalistas tendrían la misma posibilidad de éxito en el reparto de los beneficios económicos, y a cada uno le tocaría muy poco de la ganancia general. Lejos de ello, la competencia capitalista “extermina”, “destruye”, saca del mercado a los “débiles”, pues ello es una condición *sine qua non* del proceso incesante de la llamada acumulación

del capital. Precisamente su concentración y centralización, es lo que le ha permitido sobrevivir en las últimas décadas, pero ahora lo hace en función de ciertos sectores hegemónicos de la economía mundial. En este sentido, más que una dictadura del mercado, deberíamos hablar de inestabilidad y de contradicciones internas propias del sistema capitalista (anarquía en la producción, concentración del ingreso, intercambio desigual, centralización del capital, desorden financiero, desigualdad económica y social...). El mercado, en todo caso, ha sido utilizado por las grandes corporaciones económicas y financieras como un medio para aumentar la extracción directa o indirecta de plusvalía y obtener una ganancia —o interés— mayor.

¿Ello significa entonces que los mercados pueden ser manejados de manera distinta a la ambición y al poder individual? Creemos que sí, pero ello implicaría cambiar de régimen de propiedad, ampliar la toma de decisiones en la economía, establecer una democracia participativa y un estado acotado por la sociedad civil, la cual debe ser cada día más crítica, analítica y participativa. ¿Imposible? En países como China, Cuba, Vietnam y ahora en Venezuela, los mercados están presentes, no han dejado de funcionar, pero son regulados por el Estado, quien participa también en las decisiones y los intercambios económicos, lo que ha permitido, pese a las críticas, mejores y más eficientes mecanismos de control. Pero además, se han establecido diferentes formas de propiedad (colectiva, social o cooperativa) evitando que los mercados queden a merced solo de manos privadas.

En China por ejemplo, para evitar conflictos en la construcción del socialismo, se plantearon tres etapas en el proceso de transición:

- i) El estado emitió órdenes de compra para las empresas privadas con el fin de asegurar su producción y su trabajo de transformación.
- ii) Efectuó compras y ventas agrupadas, lo que correspondió a una forma de control del mercado por sectores y ramas de la producción.
- iii) Tomó el control de la gestión de las empresas privadas conjuntamente con los propietarios de las mismas (Inostroza, 1997: 90).

Cabe destacar además la política de fomento y desarrollo de pequeñas y medianas empresas, las cuales tenían formas jurídicas distintas a la propiedad individual: empresas colectivas, comunas populares, talleres de calles creadas en los suburbios por amas de casa, etc. (*Ibíd.*). En realidad, en China el mercado siempre ha estado presente en los intercambios internos y externos, desde la construcción misma del socialismo hasta nuestros días. El haber estudiado y aprendido del mercado y participar en él a escala mundial, es lo que le ha permitido a este país su éxito económico y su capacidad competitiva actual. Aunque el costo de haber entrado a la vez, en la competencia capitalista, le ha traído severas consecuencias en algunas situaciones (alta contaminación y degradación ambiental en algunas ciudades y sobreexplotación de su fuerza de trabajo, entre otras).

CAPITALISMO Y ESTADO

Solo los ingenuos llegaron a pensar que el estado desaparecía de la esfera económica. Al igual que en las relaciones con el mercado, el capitalismo requiere de un Estado relativamente fuerte para expandir el ciclo del capital. Actúa como un administrador aparente de la sociedad en su conjunto, pero en realidad se mistifica y administra los beneficios e intereses de quienes detentan la hegemonía en su interior, pues no es un órgano neutral que esté por encima de los grupos, fracciones o clases sociales dominantes. Los 700 mil millones de dólares que el Estado norteamericano ha puesto a disposición del sistema financiero para solventar su quebranto, es tan solo una muestra de lo que aquí se señala. Pero hay otras formas en que el Estado apoya el desarrollo del sistema. El registro de patentes, que da poder monopólico temporal a las empresas innovadoras; los proteccionismos o restricciones estatales a la importación o exportación; los subsidios y los beneficios impositivos (exenciones fiscales, promociones a la producción); las compras gubernamentales a gran escala aunque los precios sean muy elevados; las regulaciones que ayudan a las grandes empresas en detrimento de las pequeñas, son ejemplos de

que el estado no actúa de manera neutral. “Sin tales interferencias, el sistema capitalista no podría prosperar y por lo tanto no podría sobrevivir” (Wallerstein, *op. cit.*: 44).

La venta de empresas estatales instrumentada por el modelo neoliberal, y la llamada desregulación de la economía, no implica la desaparición del estado, sino una necesidad del nuevo patrón de acumulación capitalista, donde ahora el estado se pone al servicio del mercado, o mejor dicho, de los intereses de quienes detentan el poder económico o político. De hecho, el capitalismo siempre se ha movido de manera pendular entre el estado y el mercado, según las necesidades históricas del propio sistema. Por ello, creemos que resulta estéril la discusión de que el capitalismo implica más mercado y menos estado, o de que si existe un alto intervencionismo estatal, el país se esté volviendo socialista. En el capitalismo, el estado no sustituye la competencia desigual, sino que más bien se alinea con ella y toma partido. Mas no actúa como un instrumento exclusivo de los monopolios, sino como ya se señaló, se misticifica como un agente regulador de los intereses de toda la sociedad, y cumple con las funciones necesarias para el mantenimiento y reproducción del sistema. Según Altvater, existen cuatro áreas en las que el estado pone de manifiesto este carácter activo de participación:

- 1) la creación de las condiciones materiales generales de la producción (“infraestructura”)
- 2) la determinación y salvaguardia del sistema legal general en el cual ocurren las relaciones (legales) de la sociedad capitalista [propiedad privada, competencia e intercambio]
- 3) la regulación de los conflictos entre trabajadores y capitalistas, y, de ser necesario, la opresión política de la clase trabajadora, no solo por medios políticos y militares (sic)
- 4) garantía y expansión del capital (...) en el mercado capitalista mundial (Altvater, 1977: 94).

Sin embargo, los barones del dinero y las élites financieras han ido ejerciendo un enorme poder de decisión al interior del estado, su influencia ya no es solamente sobre los

mercados, sus decisiones son tan poderosas que pueden establecer políticas económicas acordes a sus intereses y logran colapsar al sistema mismo en cualquier país. Esto ha permitido sostener a algunos analistas que “la banca controla al gobierno y no al revés”. De hecho, va cobrando mayor consistencia en el medio la “sospecha” de que la crisis financiera actual, el pánico provocado en las bolsas, la incertidumbre generada y por consecuencia, la estampida de dólares que se ha dado en el sistema financiero, ha sido una maniobra “planificada” por dichas élites financieras para obtener una gran tajada de los fondos federales. La intervención del Estado norteamericano en este sentido, no implica que se esté ejerciendo un mayor control sobre las actividades especulativas, por el contrario, el “regreso” estatal en la economía, es una decisión misma de los “ladrones” financieros, en el que aparentemente el estado toma el control de la situación, pero es precisamente para que el capital pueda eludir supervisión alguna y evitar limitaciones para su proceso de generación de ganancia vía el interés.

Naomi Klein sostiene que al igual que los colonizadores europeos, cuando se daban cuenta de que su derrota era un hecho, se dedicaban a saquear el oro de la Tesorería del lugar y se llevaban el valioso ganado. Hoy los republicanos hacen cosas similares a dichos colonizadores, pero ahora se utiliza el presupuesto del estado, pues la subasta de “activos en riesgo” y del programa de “adquisición de acciones”, implica en realidad una verdadera rapiña de las finanzas públicas, antes de cerrar la “caja fuerte” del periodo presidencial de George Bush. En ningún momento —continúa Klein— resulta una “nacionalización parcial” de la banca, pues los contribuyentes no han adquirido un control significativo en ella, por lo que los bancos pueden gastarse la “ganancia” como quieran (fusiones, adquisiciones, ahorros...) y el gobierno solo puede “rogar” que una parte sea utilizado en préstamos, para que no se pierda por completo la confianza en los bancos (Véase *La Jornada en línea*; 2 de noviembre de 2008).

Efectivamente, a los bancos no les preocupa la falta de créditos, sino la caída en el precio de sus acciones, y cuando el Departamento

del Tesoro norteamericano entra al rescate, garantiza que los inversionistas “nerviosos” no transfieran sus carteras a otros mercados, inclusive, el estado paga a algunos bancos miles de millones de dólares para que acepten la aprobación de su plan de rescate, de esa manera se garantiza la “inversión segura”, pues el estado salvará al sistema financiero en cualquier situación de riesgo o crisis. Esta atadura del estado a las compañías privadas es el verdadero interés del rescate. Privatizar las ganancias y socializar las pérdidas.

Se decía que no había estado para la seguridad social, para el combate de la pobreza ni para regular los mercados, pero ahora que el sistema financiero entró en crisis, el dinero del estado sí aparece, ahora el dinero del contribuyente sí le sirve al sistema. Pero todo este debate además, por desgracia, está estimulando en el mercado formas *imprudentes de inversión*, que mientras no sea controlada continuarán con su voracidad. Antes se establecía que sin beneficio no había producción, ni empleos, ni ingresos, sin embargo, paradójicamente ahora se pueden obtener beneficios sin que necesariamente se generen empleos, ni ingresos, ni producción, pues vivimos bajo el dominio de una economía rentista y especulativa que “crece” once veces más que el producto interno bruto mundial. Es por ello que dicha intervención estatal no se trata de nacionalización alguna y mucho menos, una “amenaza roja” o “socialista”. Los mecanismos de mercado seguirán funcionando, y para asombro de algunos, lo harán al lado del estado, aunque ahora sea este el que asuma nuevamente el papel protagónico en las relaciones económicas del mundo. De hecho, este desarrollo pendular del capitalismo continuará mientras no surja un nuevo paradigma para el desarrollo económico.

PROBLEMA ESTRUCTURAL DEL CAPITALISMO. LAS OTRAS CRISIS

La llegada de Barak Obama a la Presidencia de los Estados Unidos brinda un poco de respiro a los mercados internacionales, pero nada garantiza una pronta solución, no olvidemos que los gastos de la campaña y

precampaña electoral en los Estados Unidos llegaron alrededor de dos mil millones de dólares, la más cara en la historia de ese país. Grandes sectores de Wall Street y algunos medios de comunicación sionistas apoyaron a Obama. El nombramiento de Rham Emanuel como jefe de la agenda de la Casa Blanca, quien sirvió en el ejército israelita de inteligencia, posiblemente marque una ilusión de que los gastos militares en el Medio Oriente vayan a disminuir. Además, como menciona James Petras, a los capitalistas no les importa quien cuide sus ganancias, si es un negro, un chino o un anglosajón. Pero además debemos de considerar que lo que estamos viviendo no es una crisis coyuntural ni pasajera de corto plazo, en realidad se trata de una gran depresión de larga duración propia de los ciclos Kondratieff, es decir, de una prolongada presencia que oscila entre los 20 y 50 años. Agregando que ahora es de carácter estructural, donde se suma la crisis energética, la crisis alimentaria y la crisis ambiental.

¿CRISIS CAPITALISTA?

En el capitalismo, como ya se señaló, no son los mercados quienes se auto regulan sin interferencias o por sí solos. Es el capital quien en realidad domina al mercado, sobre todo, ese capital que ha convertido al planeta en un enorme casino y que al entrar en procesos de crisis, arrastra al conjunto de la economía como un verdadero tsunami. Lo que inició como una crisis inmobiliaria, contagió luego a los bancos, al sistema financiero y ahora, sus efectos son sobre la economía real¹. Ya los pronósticos de las agencias y organismos multinacionales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, señalan la disminución en el PIB mundial, crecimiento del desempleo y disminución del ingreso real para los próximos años.

Aunque en las últimas semanas se habla de una posible recuperación, este optimismo es

1 Se denomina economía real a las actividades productivas, a las que conllevan inversiones para la compra de factores (maquinaria, equipo, mano de obra...) no a las actividades especulativas.

cuestionable, pues el aumento en las compras de artículos durables y la disminución en la caída del PIB en los Estados Unidos, no implican que se haya detenido el descenso, solo se ha vuelto más lenta su caída. Además debemos de considerar que una crisis capitalista no se generaliza en todos los ámbitos, existe variables macroeconómicas que incluso pueden ir a la alza y confundir los elementos dominantes de dicha crisis. El problema central es que se han generado efectos inerciales que van concatenando burbujas tras burbujas similares a una bola de nieve en constante crecimiento. Al problema inicial de la burbuja financiera iniciada en el sector inmobiliario se le agrega ahora el de la burbuja crediticia, la cual llevó a través de la ilusión del “dinero plástico” a un endeudamiento de millones de estadounidenses que confiaron en que el valor de sus casas iría subiendo constantemente.

Las promesas de regulación del sistema financiero no se han dado, están empantanadas en argumentos de carácter jurídico y legislativo que van a tardar otro buen rato. La cuestión es que los instrumentos “tóxicos” —de acuerdo a la jerga financiera— como los *swaps* y derivados (títulos sin respaldo real), están diseminados por todo el planeta y se estiman en un valor de 62 millones de millones lo que amplía la cobertura de riesgo y el aumento de la temperatura de la crisis. Aunado a esto, los bancos que aparentemente se mostraban sólidos al inicio de la crisis hoy muestran una enorme debilidad, pero además han dejado su función esencial que es la de otorgar créditos y se han dedicado a las inversiones especulativas de alto riesgo encubriendo sus operaciones a través de contabilidades tramposas. El desempleo sigue en aumento a escala mundial, al aumentar este, disminuye el ingreso y por ende las ventas, pero también la recaudación fiscal, por lo que el estado no puede estar inyectando dinero en forma constante y permanente, es por ello que el precio de las viviendas en los Estados Unidos sigue cayendo y no hay una salida a través de las exportaciones por ejemplo, como en la crisis asiática, pues hay una contracción de la economía mundial.

Para algunos intelectuales como Wallerstein, lo que está en crisis no es solamente el sistema financiero sino que es el propio

sistema-mundo capitalista, el cual ha tenido siempre dos tipos de vaivenes cíclicos. Uno de ellos es el que se refiere a la hegemonía política, militar, o económica de un país, el cual no es permanente, y cuando entra en proceso de crisis es sustituida por la hegemonía de otro u otros países. El segundo se trata de ciclos económicos denominados Kondratieff en los que existen fases de prosperidad y fases de depresión en la economía mundial.

En referencia al primer ciclo, resulta evidente que la hegemonía que había mantenido los Estados Unidos durante un largo periodo (a finales de la segunda guerra mundial hasta posiblemente la invasión a Irak) está entrando en un proceso de declive para ser sustituido por un mundo multipolar, donde las decisiones fundamentales de la vida económica, política y social del planeta comienzan a ser decididas por varios países y ya no solo por los Estados Unidos. El reposicionamiento de Rusia en el Cáucaso, los triunfos electorales de los gobiernos de izquierda y las reformas constitucionales en Sudamérica, la presencia de China y la India como potencias económicas, la exigencia de algunos países de transformar el sistema financiero mundial, son ejemplo de ello.

En referencia a los ciclos Kondratieff, Wallerstein señala que existen dos fases denominadas A y B, la primera tendría como analogía los ciclos de auge o cima de la teoría clásica, mientras que la fase B, tendría como referencia los ciclos de recesión y depresión. La fase A llega a su clímax después de la segunda guerra mundial y comienza a declinar en las décadas 60-70 y se prolonga hasta nuestros días, agudizándose por los fenómenos financieros actuales. La característica de esta fase B es que las ganancias de las actividades productivas bajan, sobre todo en las que habían sido rentables. —Esto coincide con la tesis marxista de la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, donde las inversiones en capital constante superan lo invertido en capital variable, dando como resultado una extracción de plusvalía cada vez menor—. Por lo que los capitalistas que desean continuar extrayendo enormes ganancias, tienden a “descuidar” la producción y deciden entrar a las actividades financieras de tipo

especulativo. Los capitalistas que se mantienen en las actividades productivas, para evitar que se vuelvan tan poco rentables, se trasladan a zonas menos desarrolladas del sistema-mundo capitalista (semiperiferia), negociando menores costos de transacción (mano de obra, recursos e impuestos). Sin embargo, las inversiones especulativas o burbujas financieras, tienden a crecer por encima de las actividades productivas y tarde o temprano terminan por reventar, pero ¿por qué entonces han soportado una fase B tan prolongada? Precisamente porque los poderes existentes —el Departamento del Tesoro, el Banco de la Reserva Federal estadounidense, el Fondo Monetario Internacional, con la colaboración de bancos europeos y asiáticos y ahora la propia intervención del estado norteamericano—, invierten en el mercado especulativo para “regularlo” y “evitar” riesgos mayores. Pero según Wallerstein, estamos llegando a límites intrínsecos del propio sistema en el que ya no será posible su sobrevivencia, pues se están minando las bases mismas del proceso de acumulación. Según su explicación es que a lo largo de 500 años los tres costos básicos de la producción capitalista —personal, insumos e impuestos— han subido constantemente como porcentaje de los precios posibles de venta, lo que torna cada vez más difícil obtener grandes ganancias de la producción —que había sido la base fundamental del proceso de acumulación capitalista— y, al dirigirse las inversiones a la especulación, se minan las bases de acumulaciones futuras. Cuando se llega a este punto, el sistema se bifurca, es decir, surgen dos alternativas. Una de ellas puede agudizar lo ya existente, un orden más autoritario y jerárquico, la otra, puede implicar un verdadero cambio, más democrático e igualitario. No se puede asegurar nada, pues todo depende de la correlación de fuerzas y de los sujetos sociales que intervengan en el proceso.

Sin embargo, en esta etapa de análisis y discusión, que al parecer ya estamos viviendo, indudablemente sigue habiendo defensores del capitalismo, que resaltan las “bondades y ventajas” de los “mercados libres”, de los progresos que ha dado a la humanidad y al desarrollo científico, ese capitalismo que ha puesto de

manifiesto la falsa necesidad en el que cualquiera de nosotros podemos “volvemos ricos” y gozar de la libertad para adquirir lo que nos plazca, aunque para la gran mayoría sea solamente una mera ilusión, impulsada por diferentes medios ideológicos, políticos, económicos y culturales del propio sistema.

A pesar de que se pudieran rescatar algunos elementos positivos para un nuevo modelo de desarrollo, el estar basado en la anarquía de la producción, en la propiedad privada de los principales medios que generan la riqueza y en la falta de control de algunas de sus variables, vuelve injusto al sistema capitalista ante las ambiciones y deseos inmensurables de poder de los grupos, fracciones o clases hegemónicas, pues una empresa capitalista —sobre todo las financieras— jamás se pondrá al servicio de los intereses de las grandes mayorías o de las necesidades de la población, ya que su objetivo fundamental continua siendo la generación de ganancia, el proceso de la acumulación misma y la extracción de plusvalía, que pese a que se ha intentado negar, continúa siendo la fuente principal de la explotación capitalista.

En el sistema-mundo moderno, las estadísticas hablan por sí solas: 950 millones de hambrientos, 4 750 millones de pobres, 3 000 millones que carecen de acceso a servicios sanitarios, 113 millones de niños que mueren a causa de enfermedades que pudieran ser curables, 50% de la población mundial subempleada o que labora en condiciones de precariedad, 45% no tiene acceso al agua potable, 13 millones de habitantes que mueren al año por el deterioro ambiental y el cambio climático, 16 306 especies en peligro de extinción, etc. (Alba; *La jiribilla*, Cuba, consulta en línea).

LAS OTRAS CRISIS

La dependencia tecnológica de las grandes potencias hacia el petróleo, ha puesto en serios problemas su desarrollo al ser un recurso no renovable. Por este combustible se han generado guerras, destrucción y muerte al paso del tiempo. Y ahora, frente a su escasez, se pretende sustituir por los llamados biocombustibles,

lo cual agudiza el problema alimentario en el mundo. De hecho, las grandes multinacionales y las potencias mundiales (sobre todo Estados Unidos y Europa) comienzan a aplicar políticas económicas de apoyo y subsidio para convertir la producción de alimentos en producción de biocombustibles. Peter Brabeck, Presidente de la multinacional Nestlé ha declarado que: “si se pretende cubrir el 20% de la demanda petrolera con agro combustibles derivados de las “petrosemillas”, no habrá que comer”, ya que el grano utilizado como biocombustible en un auto deportivo, podría dar de comer a una persona por un año completo. Pero no solo es el agro combustible lo que agudiza el problema alimentario, sino también la aplicación por años de políticas destructivas que socavaron las economías nacionales, y que obligaron a los campesinos, sobre todo del tercer mundo, a producir cultivos comerciales para compañías multinacionales, y a comprar alimentos de las mismas en el mercado mundial. La manipulación de los mercados, aunado también al comercio de las operaciones especulativas en las bolsas de Nueva York o Chicago, han puesto en alto riesgo la “seguridad alimentaria mundial”. Según la FAO, el trigo se ha encarecido en los últimos cuatro años en 130%, el arroz en 74%, la soya 300% y el maíz 120%. (Véase Proyecto-Hambre en internet).

Lo anterior podría ser comparado con el genocidio nazi, pero ahora llevado por las manos de las multinacionales y de las instituciones financieras, pues al parecer se pretende eliminar la pobreza a través de la muerte por inanición. Por ejemplo, el Banco Mundial pretende ofrecer financiación por 800 millones de dólares para “ayudar” a los países más desfavorecidos, lo que implica aumentar deudas, que bajo medidas del comercio mundial de no protección a la agricultura nacional, y de libre comercio, volverían vulnerables a las economías menos desarrolladas. El quedarse de manera indirecta con las tierras, generar desarraigo, hambre y el manejar las políticas económicas de los países endeudados, podrían ser las formas propuestas para cancelarlas. “Ya con las economías devastadas —y ahorro y riqueza exprimidas al máximo—, se pasaría a una

segunda fase, la disminución intensiva de los pobladores, la eliminación de masas “desechables” del planeta (Diego Delgado Jara; Proyecto Hambre, consulta en internet). Recuérdese que el ex Presidente Kissinger señalaba: “controla el petróleo y controlarás naciones, controla los alimentos y controlarás pueblos”.

La ambición y el deseo inmensurable de poder de quienes gobiernan no han tenido límites, provocando a la vez una degradación enorme del medio ambiente. En su afán expansivo de acumulación, el capitalismo ha ido destruyendo la naturaleza, pues se aumenta el *smog*, el tamaño del agujero de la capa de ozono ya alcanza dos veces el territorio de Europa, se secan los ríos, se genera una basura plástica que llenaría todo el suelo norteamericano, se va creando el efecto invernadero y el calentamiento global es ya una realidad, se pone en riesgo la cadena alimenticia a través de productos transgénicos y miles de especies, incluyendo ciertos mamíferos, están en peligro de extinción. Para algunos, la situación ambiental no es tan grave y solo son voces de alarma sin justificación científica que puede ser resuelta en poco tiempo, para otros, cada día que pasa se convierte en un irreversible momento de peligrosidad en el que se debe actuar pronto. Independientemente de lo que se asuma, la realidad es que el problema ambiental es ahora más serio que hace cien o, incluso, cincuenta años, y ello se debe a que ningún sistema anterior llevó a tal grado su desarrollo y expansión en la producción y de la población misma como el capitalismo, que en su afán de acumulación, ha externalizado los costos tratando de evitar la disminución de su tasa media de beneficio global.

Lo que pretendemos señalar es que el deterioro ambiental no se ha dado por la tecnología o el avance científico, —hay quienes dirán que el costo del desarrollo económico es el deterioro ambiental— sino por la necesidad del capitalista de externalizar costos, de ello deriva su despreocupación ecológica. ¿Qué pasaría si el empresario tuviera que pagar los costos de la degradación ambiental que él mismo provoca? Es sabido que toda empresa capitalista aumenta su producción porque pretende mayores beneficios, pero como contrapartida, también busca

reducir los costos al máximo posible. Los topes salariales y la flexibilidad laboral responden a este interés. Sin embargo, el precio de la mano de obra no puede mantenerse indefinidamente barata, tarde o temprano, producto de la oferta y la demanda del mercado de trabajo o del regateo sindical de los trabajadores, tiende a aumentar, entonces se contratan trabajadores de las zonas rurales o de la periferia (o semiperiferia), pese a ello, el precio promedio de la mano de obra continúa su tendencia alcista en el futuro, y por ende, tiende a disminuir la tasa promedio de beneficio de los capitalistas. El trasladar los costos a factores distintos a la mano de obra (materia prima, insumos...) se correría con la misma suerte. Por ello, los costos del medio ambiente son pagados por otros, esto es lo que se denomina externalizar. A través de subsidios, exenciones fiscales, creación de infraestructura, se externalizan costos. Pero también cuando no se exige “renovar” el medio ambiente (reforestar, instalar aparatos anticontaminantes, aplicar medidas ecológicas...). Si los gobiernos, los organismos multinacionales, las organizaciones ecológicas exigieran a las empresas contaminantes la aplicación real y efectiva de medidas contra el deterioro ambiental, quizás darían un tiro de gracia a la vialidad del sistema capitalista pues se disminuiría la tasa media de beneficio. Ahora bien, si el Estado asumiera estos costos, implicaría mayores gastos de su presupuesto, lo que obligaría tal vez, al aumento de impuestos, y que fuera la “sociedad” quien de manera indirecta, externalizaría dichos costos. ¿Entonces podríamos pensar que no hay opción al deterioro ambiental? Posiblemente bajo el sistema-mundo capitalista no, habría que pensar en otra(s) opción(es).

NECESARIO UN NUEVO ORDEN ECONÓMICO INTERNACIONAL

El conocimiento no solo debe servirnos para aumentar nuestro ego o para demostrarle “al mundo” que sabemos demasiado o más que los otros. ¿Qué sentido tendría eso? Si el saber, independientemente de su *objetividad*, no se compromete, si no se pone al servicio de una causa superior a sí mismos, en nuestra

apreciación, estaremos siendo seducidos por la trascendencia de lo mundano.

Es indudable que la cultura en general, y los medios informativos de comunicación en particular, reproducen esquemas, patrones de conducta y hasta determinadas formas de comportamiento social, que se “aprueban” por el “imaginario colectivo”, pero que en realidad son internalizados en el ser humano por los deseos o necesidades de las clases que detentan el poder económico, político e ideológico de las sociedades. Por ello, el análisis de la realidad, lleva consigo necesariamente la búsqueda de la verdad, la búsqueda más racional de un mundo mejor, incluyente, mayoritario, democrático, tolerante e igualitario.

Pero si la realidad es una realidad construida, entonces los constructores son los actores en el mundo real, no los estudiosos. El papel de los estudiosos no es construir la realidad, sino entender como fue construida y poner a prueba las múltiples construcciones sociales de la realidad una contra otra... sin embargo, hay análisis académicos más correctos y menos correctos. Esos análisis académicos que son más correctos son más socialmente útiles en cuanto ayudan al mundo a construir una realidad materialmente más racional. Por eso la búsqueda de la verdad y la búsqueda del bien están inextricablemente vinculadas entre sí. Todos estamos involucrados, y simultáneamente en ambas (Wallerstein, 2002: 245).

Uno de los aspectos fundamentales objeto de análisis y que requieren cambios profundos en la actualidad, es sin duda el tema de la regulación de las actividades especulativas, sin embargo, parece ser que no se aprende de los errores, ya que en la reunión del Grupo de los 20 convocada en Washington, solo se buscó restablecer la confianza en el sistema financiero. Nada se dijo de los millones de hambrientos en el planeta, del deterioro ambiental o la crisis energética. Además se olvida que la mayor parte de los países llamados emergentes de América Latina, África, el Caribe, Asia y Oceanía no tienen ni voz ni voto en esta reunión. La intervención del estado a

través de las inyecciones multimillonarias de dinero, solo ofrece un respiro momentáneo a la situación que se vive, ya que mientras no se ejerza un verdadero control a la volatilidad de los instrumentos financieros de alto riesgo, seguiremos sujetos a su voracidad.

En síntesis, para hacer frente a la actual crisis-depresión, se hace necesario acciones que escapen a los mecanismos del mercado; es imprescindible el acuerdo, la negociación y la cooperación de todas las economías del mundo y por ende, la presencia del estado como un verdadero órgano regulador. Sin embargo, bajo el capitalismo, como ya se expuso, difícilmente se dará vuelta a la hoja de la historia ya que su lógica no es el beneplácito de las grandes mayorías, sino un interés cada vez más concentrado y centralizado de quienes detenta el poder económico.

CONCLUSIONES

El capitalismo ha vivido varias crisis económicas y más que su fin, ha implicado su reacomodo, adaptación o incluso su fortalecimiento. Aseverar que esta nueva depresión implicará su colapso definitivo tal vez sea especular, pero lo que sí resulta evidente, es que el capitalismo actual implica una manipulación de los mercados por grupos financieros que cada vez concentran mayor poder de decisión y se apropian de la riqueza de la economía real, lo que significa controlar la mano de obra, los factores de la producción, los recursos naturales y hasta las instituciones. El apropiarse de la riqueza a través de complejos instrumentos especulativos como el comercio de derivados, transacciones de divisas internacionales a futuro, especulación inmobiliaria, burzatilización de deudas, fondos de compensación, etc., parece ser el eje central de la nueva lógica del capital. La desregulación financiera ha generado un proceso de concentración y centralización del capital como nunca antes vistos, y ya libre de toda regulación, tiene la capacidad de estrangular negocios, dominar las instituciones bancarias y supervisar las políticas económicas de los países. Inclusive, puede incidir, y de hecho

lo hace, sobre el control de la banca central², haciendo que las políticas monetarias queden ahora a merced de las necesidades del sistema financiero, quien no solo tiene la capacidad de “crear el dinero” sino de manipular las tasas de interés y precipitar la caída de las principales divisas en el mundo.

Los intereses del establishment financiero, sobre todo en Estados Unidos, se han filtrado a los altos escalones del Tesoro y de las instituciones de Bretton Woods: Robert Rubin, ex secretario del Tesoro, era un alto funcionario de Goldman Sachs; Lewis Preston, antiguo presidente del Banco Mundial y uno de los principales ejecutivos de J.P. Morgan, fue sucedido por James Wolfenson, prominente inversionista de la banca en Wall Street [a la vez] antiguos políticos y funcionarios de alto nivel de las organizaciones internacionales tienen intereses financieros en la comunidad de negocios (Chossudovsky, 2002: 325).

De lo anterior se deriva que el estado va quedando en manos no de la “tiranía de los mercados”, sino de verdaderos “ladrones institucionalizados” que ante situaciones de crisis son capaces de “pensionarse” individualmente con “pobres” liquidaciones de entre 100 y 300 millones de dólares. Pero además, estos altos funcionarios están cada vez más lejos de la economía real, y ponen en entredicho —como señala Wallerstein— el proceso de acumulaciones futuras de capital, pues al estar apartados de las funciones empresariales someten a la quiebra a grandes corporaciones industriales.

En este sentido, el estado, a diferencia de lo que se pregona, no ha cumplido con las funciones para las cuales surgió: generar instituciones que permitan la convivencia, *regular*

2 En Estados Unidos, doce bancos de la reserva federal cuentan con accionistas de la banca privada. El banco central europeo está controlado por dos bancos alemanes privados (Deutsche Bank y Dresdner Bank) junto con unos cuantos bancos europeos e instituciones financieras (véase Chossudovsky, 2002: 323-324).

los excesos y establecer el buen gobierno. Por el contrario al interior de algunos países, el estado tiene muchas veces el comportamiento de un verdadero cuerpo de represión como lo señalaran las tesis leninistas, y hacia el exterior, el poder real del estado-nación va quedando en manos de los altos funcionarios del sistema financiero mundial, quienes junto con las elites hegemónicas de cada país, son los que deciden las políticas públicas.

Cuando se señala que el capital no tiene fronteras ni nacionalidades resulta una falacia, pues han sido los países más desarrollados quienes se han allegado de mayores niveles de inversión y movilidad de capital, y es el capital financiero norteamericano el que esta poniendo a temblar a la economía global.

El enorme poder de estos conglomerados financieros los ha llevado a una acumulación de riqueza mundial que no tiene límites y es la fuerza rectora detrás de la actual depresión, ya que la intervención actual del estado, no tiene por objetivo regular la actividad financiera ni establecer candados a la especulación bursátil, antes bien, los fondos federales han servido para saquear las finanzas públicas y socializar las pérdidas de este quebranto. Si en realidad se quisiera contrarrestar a fondo la situación actual algunas medidas necesarias que se pudieran establecer son:

- 1) Cierre de fronteras a la especulación externa, reduciendo su volatilidad a través de restricciones a los flujos de capital de corto plazo.
- 2) Regular los movimientos financieros de alto riesgo que la mayor parte de las veces están fuera de control de los países afectados.
- 3) Prevenir endeudamientos innecesarios o sobrevaluaciones cambiarias, es mejor mantener el valor real del tipo de cambio sin apreciaciones sistémicas en lugar de utilizarse como palanca antiinflacionaria, pues de esta manera se puede controlar las presiones alcistas en las tasas de interés.
- 4) En todo lo anterior el "impuesto Tobin"³ podría ser apropiado, pero además se requiere

fortalecer acuerdos conjuntos de operaciones financieras y bancarias que equilibren la desproporcionada capacidad de negociación entre deudores y acreedores, lo que hace necesario que las reuniones del Grupo de los siete, los veinte... se conviertan en mecanismos sistemáticos de concertación de acciones preventivas más que curativas, ello implica una coordinación multinacional de las políticas monetarias.

Debemos tener claro que a diferencia de la quiebra de una empresa productiva, la quiebra en alguna institución financiera importante puede dislocar al sector financiero en su conjunto y generar un síndrome de consecuencias desastrosas en la economía real, pues ello implica cancelación de créditos para inversiones futuras, despidos masivos por el efecto dominó que se genera, niveles de pobreza elevados donde las personas solo compran lo básico, desempleo abierto e incertidumbre permanente sobre el futuro.

Hasta el mes de noviembre del 2008, las cifras del rescate financiero son fáciles de decir pero difíciles de contabilizar: 700 mil millones de dólares (mdd) de activos "tóxicos" adquiridos por el estado norteamericano; 200 mil (mdd) para la compra de acciones de Fannie Mae y Freddie Mac; 250 mil (mdd) en acciones bancarias; 37 mil ochocientos (mdd) más un préstamo de 35 mil (mdd) para la compañía de seguros AIG; 29 mil (mdd) para contrarrestar la "confusión" generada por Bear Stearns. A ello habría que agregar el rescate ya necesario que seguramente se hará a General Motors y Chrysler, principales industrias automotrices del vecino país. Quizás la compra venta de activos y el pago con intereses de algunos préstamos permita recuperar algo de lo invertido. Sin embargo, los préstamos señalados anteriormente no serán pagados por privados, y mucho menos por quienes provocaron tal situación, sino por mecanismos de deuda la cual ya está cercana a los 10 billones de dólares. Además

3 Impuesto a las transacciones en los mercados cambiarios. Su idea central consiste en aplicar

penalizaciones a los desestabilizantes movimientos de corto plazo, pero sin desalentar los créditos e inversiones de largo plazo.

como todos sabemos, toda deuda se paga con intereses, que quizás tengan que ser pagados vía mayores impuestos de los contribuyentes. El alto endeudamiento del gobierno federal indudablemente reducirá el crecimiento económico pues los créditos disminuyen y los intereses tienden a aumentar. La otra vía sería “mone- tizar” la economía, es decir imprimir “nuevos billetes verdes”, generar emisión primaria, lo que podría provocar niveles de inflación elevados que arrastraría al consumo a la baja. El problema central es que toda esta inyección masiva de millones de dólares es apenas un grano de arena de este enorme desierto de la actual depresión.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar Monteverde, Alonso. *Globalización y capitalismo*. México: Plaza y Janés, 2002.
- Altwater Elmar. “Notas sobre algunos problemas del intervencionismo de estado”. Sonntag, Heinz Rudolf y Valecillos, Héctor. *El estado en el capitalismo contemporáneo*. México: Siglo XXI editores, 1977.
- Chossudovsky, Michel. *Globalización de la pobreza*. México: Siglo XXI editores, 2002.
- Chesnais, Francois (compilador). *La mundialización financiera. Génesis, costos y desafíos*. Buenos Aires, Argentina: Ed. Losada, 2001.
- Girón González, Alicia. *Crisis financieras*. México: Universidad Nacional Autónoma de México y editorial Porrúa, 2002.
- Hausmann, Ricardo y Rojas-Suárez, Liliana (Editores). *La volatilidad de los flujos de capital*. Washington, DC: Banco Interamericano de Desarrollo, 1996.
- Inostroza Fernández, Luis. *Privatizaciones, megatendencias y empresas públicas*. México: Universidad Autónoma Metropolitana/Azcapotzalco, 1997.
- Pérez, Carlota. *Revoluciones tecnológicas y capital financiero*. México: Siglo XXI editores, 2004.
- Román Morales, Luis Ignacio. *¿Qué es el ajuste estructural?* México: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, 1999.
- Vidal, Gregorio. *Grandes empresas, economía y poder en México*. México: Universidad Autónoma Metropolitana/Iztapalapa y Plaza y Valdés editores, 2000.
- Wallerstein, Immanuel. *Análisis del sistema mundo*. México: Siglo XXI editores, 2005.

CONSULTAS EN INTERNET

- Periódico La Jornada*. En: <www.jornada.com.mx> [varias fechas]
- El proyecto hambre*. En: <<http://elproyectomatrizwordpress.com/>> [Fecha de consulta 12/12/2008].
- La jiribilla 391*. En: <<https://lists.laneta.apc.org/lists/listinfo/solidaridadconcuba>> [Fecha de consulta 02/11/2008].